



## LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

### Eimar Berrum

No poseemos especiales noticias biográficas de este intelectual noruego, convertido el año 1.929. Por la narración se desprende que fué masón de la más alta graduación de la secta, pero siempre un espíritu noble, generoso y sincero.

"Vias tuas, Domine, demonstra mihi, et semitas tuas edoce me". (Muéstrame, Señor, tus sendas, descúbreme tus caminos).

Mi camino hacia la iglesia es el de un hombre vulgar, y nunca habría escrito nada sobre él si no se me hubiera rogado hacerlo. Sin embargo, me es grato cumplir con este ruego, esperando poder demostrar de esta manera a nuestra Santa Madre Iglesia mi amor y mi agradecimiento.

Aunque soy católico sólo desde hace cuatro años, no me es fácil escribir de mi conversión, pues ya se me olvidaron muchas de las circunstancias que la acompañaron y me condujeron a la iglesia. Además, estas dificultades aumentan por el hecho de que tengo que expresarme en un idioma extranjero y difícil para un noruego. (La narración original está en alemán).

Nací en Oslo el año 1882 y tuve la gran suerte de ser educado en hogar cristiano.

Especialmente mi padre era muy religioso, y a pesar de sus 60 años de edad, hizo un viaje a Tierra San-

ta el año 1910, para visitar los lugares donde nuestro Redentor había vivido y sufrido. Durante este viaje se detuvo en Roma por algún tiempo, y siempre hablaba con profundo respeto de la vida católica en aquella ciudad, y de sus costumbres.

En el año 1899 fui confirmado junto con otros 200 jóvenes, pero no pude percibir ninguna influencia religiosa. Después de una corta conversación con mi párroco fui admitido por primera vez a la "Cena Santa", la comunión protestante. Poco después terminó mi tiempo de estudio en la escuela. Como mis hermanos también yo fui a seguir mis estudios en Inglaterra; y así me hice alumno de la "St. Olave's School" de York. En la escuela noruega había recibido una instrucción verdaderamente protestante. Mientras Lutero era considerado como un santo, se nos infiltraron muchos prejuicios sobre el papismo y la iglesia. Estas prevenciones son tan generalmente conocidas que juzgo innecesario estigmatizarlas aquí. Con profundo desdén para la iglesia católica salí al mundo. Nunca olvidaré mi primer domingo en York. Tres veces cada domingo teníamos que ir a la vieja iglesia de San Olave, que lleva el nombre de nuestro patrón nacional, pero en la cual el culto era el de la Alta Iglesia Anglicana.

Al principio entendía poco del idioma de la iglesia. Hasta creía que estuviera en una iglesia católica, aunque nunca había visto tal iglesia. Aprendí a arrodillarme, cosa que no había hecho jamás. Las hermosas canciones y la música solemne me impresionaron muy profundamente. En vez de fastidiarme, tomé interés en los cultos, y al poco tiempo tenía cariño a esta iglesia. Con alegría esperaba cada domingo, especialmente el oficio de la noche. Esto era algo nuevo para mí, y sin duda fué la base de mi futuro desarrollo religioso. Cuando volví a Oslo, al visitar el Gimnasio (Liceo) y la Escuela de Guerra, iba siempre a la iglesia anglicana de San Edmundo. También en Hamburgo, donde más tarde tuve mi primer empleo, visitaba regular y gustosamente la iglesia anglicana en la plaza Zeughausmarkt. Hasta entonces casi nunca me había ocupado de cosas religiosas. Simplemente iba a la iglesia anglicana porque me atraía la belleza de los oficios. Sin embargo, debió significar para mí algo más que una costumbre. Sentía un vago impulso hacia la iglesia, y a la vez una satisfacción religiosa. En la iglesia anglicana no oía nada de Lutero;

## LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

yo por mi parte en aquel tiempo no hacia comparaciones entre la doctrina anglicana y la doctrina de la iglesia oficial noruega.

En el año grave de 1905, cuando Noruega se separó de Suecia y casi había estallado la guerra, sintióse una fuerte corriente religiosa en el país, que me alcanzó también a mí. En el mismo año asumí la dirección de la fábrica, que dirijo todavía ahora. En aquel tiempo, y durante los próximos años, cada verano hube de hacer el servicio como oficial de dragones. Allí aprovechaba la ocasión de participar en los oficios militares. Más tarde, al volver las circunstancias normales, disminuyó también mi interés religioso; pero, vagamente, siempre conservé cierto contacto con Dios.

En el año 1908 sucedió algo que quisiera describir más detenidamente. Mi padre tenía un rango alto en la orden masónica. Su deseo más profundo era que sus hijos también se hicieran masones, y el 24 de abril dos de mis hermanos y yo entramos en la gran logia masónica de Noruega. Este día fué de suma importancia para mí. Lo que me faltaba en la Iglesia, lo encontraba en la Logia.

Sospecho que a mis lectores del Extranjero ha de extrañarles que yo hable aquí de la masonería. Yo desearía con todo, sin ponerme a descorrer los secretos de la Masonería, dejar asentado que la Logia en los pueblos escandinavos es altamente religiosa. Se fomenta decididamente en ella la fé en Cristo, la fidelidad a la patria y el sentimiento del precepto: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Más aún, la Logia enseña que ella no es en modo alguno un sustituto de la Iglesia, sino que aconseja a cada uno de los Hermanos participar fielmente en el culto. Pronto fui yo uno de los más entusiastas franc-masones y con los años uno de los primeros empleados de la Logia. Tres años antes de mi conversión al catolicismo alcancé el más alto grado de la Orden.

El año 1818 me casé con una dama danesa de Copenhagen. Era muy religiosa, muy interesada en la literatura, y tuvo ocasión propicia de ejercitar esta su afición al abandonar su gran ciudad natal por la pequeña Fredrikstad. Para un protestante lo más importante del culto es el sermón. Como para simbolizar que el sermón es más importante que el sacramento, el púlpito está en posición más eminente que el altar. Mi mujer, acostumbrada en Copenhagen a oír grandes predicadores, buscaba conmigo algo semejante en las Iglesias de Fredrikstad. Visitamos no solamente los templos de la Iglesia nacional, sino también todas las posibles Iglesias de las Sectas: Baptistas, Metodistas y Adventistas. Por fin nos dimos también a escuchar y participar las misas radia-

das. En la tarde de un domingo de la Cuaresma de 1928 llegó a casa mi mujer y me contó entusiasmada que ha-

bía encontrado por fin un gran predicador en la Iglesia católica de Santa Brígida. Aunque no me gustó que mi mujer, sin saberlo yo, hubiera visitado una Iglesia católica, no pude evitar que a la primera visita siguieran otras muchas. De la manera más natural dimos en discutir sobre la Iglesia católica. He de confesar que yo comencé a combatir decididamente las tendencias católicas de mi mujer, y no sólo con la discusión sino también sirviéndome de escritos y libros anticatólicos que le traía; pero inutilmente. Mi mujer se sentía cada día más cerca de la Santa Madre Iglesia y yo cada vez más solo.

No le bastaba a mi mujer con ir a la iglesia; entró también de lleno en estudio de la fé católica y de su literatura. Por el mismo tiempo se enfrascaba en la lectura de un famoso teólogo y filósofo protestante, Soren Kierkegaard. Contra la enseñanza protestante de que basta para la justificación la sola Fe, defiende él la absoluta necesidad de las obras buenas. Escribe acerbamente contra el Clero protestante, el cual, a su entender, no sigue la doctrina de Cristo.

El dos de diciembre, primer domingo de Adviento, teníamos que celebrar la conmemoración de un sobrio, en Oslo. Después de muchas discusiones me acordó mi mujer a presenciar la Misa en la Iglesia de los Dominicos en vez de asistir a una Iglesia protestante. Sentía mi repugnancia en hacerlo, pero la acompañe y tome asiento en uno de los últimos bancos. En vez de sentirme extraño, como esperaba, se apoderó de mí una maravillosa sensación. La primera impresión fué la misma que experimenté al asistir como muchacho a los oficios de St. Olave's Church. Se añadió a esto que yo nunca había visto hasta entonces un monje, y ahora tenía ante mis ojos un dominico, que, a pesar de ser francés, tuvo un brillante sermón en el más correcto lenguaje noruego. No pude entender naturalmente la Misa; tantas cosas me eran extrañas. Pero lo que desde el principio acaparó mi atención fué el prólogo de un librito, que estaba colocado en cada asiento de la Iglesia para ilustrar a los protestantes la Santa Misa. Leí con el mayor interés lo siguiente: "Acuérdate que la Iglesia Católica convirtió a tu país. Por ella fueron a la muerte San Olove y otros muchos con él. La fé de tus antepasados fué la fé católica, y los noruegos no la abandonaron libremente, sino obligados por la fuerza. Por lo mismo la Iglesia católica es tu Iglesia Madre, que debes conocer, y con la gracia y ayuda de Dios pertenecer a ella.

Tu fe hereditaria debe ser aquella, que enseñó el propio Cristo, ha difundido su Iglesia y enseña hasta hoy a todos los hombres".

Eran ciertamente palabras dignas de meditación. La Misa impresionó mi sentimiento, pero estas palabras con-

## LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

centraron mi atención en el punto meramente histórico. Decidí investigar inmediatamente las relaciones de la Iglesia Católica con la Historia de mi patria. Desde ese domingo fui regularmente con mi mujer a la Iglesia católica: ella era una de las que actuaban en el coro. Creo que llegué a ser tan fiel asistente al culto, como el mejor de los católicos. Al mismo tiempo comencé a estudiar sin prevenciones la doctrina católica y su historia, en nuestra patria. En esta época encontró una excelente ayuda en mi mujer, que, sin haber recibido ella misma una instrucción especial, poseía extensos conocimientos sobre la enseñanza de nuestra religión. Desconfiado, como era yo, comencé por leer la literatura noruega. Un protestante ha oído en la escuela que principalmente los (injustamente considerados como poco ilustrados) meridionales son católicos. El catolicismo es la religión de los analfabetos, por eso nos hallamos lejos de ella felizmente los hombres ilustrados! . . . .

En este punto he cambiado totalmente de parecer desde que lei la obra del erudito y famoso convertido Pastor Dr. Teol. Krogh Tonning. Su obra "Recuerdos de un convertido" está escrito con tal entusiasmo y con tan contundente lógica, que los residuos de mis prejuicios cayeron como un castillo de naipes. También en el libro "Cómo se puede llegar de los prejuicios a la verdad religiosa", del convertido noruego, después sacerdote católico, J. Stub, encontré una gran ayuda. Debo recordar también los maravillosos escritos del pastor protestante sueco, Nils Beskow. Ya sus libros eran del todo católicos aun antes de que tornara al seno de la Santa Madre Iglesia.

Al mismo tiempo lei los libros, internacionalmente conocidos, del Cardenal Gibbons "La Iglesia de Cristo", y "Edgar" de Hammerstein. Pero resultaría pesado ir enumerando cada uno de las obras que lei en mi búsqueda de la verdad; mi biblioteca está cargada de ellas. Ya ni mi entendimiento ni mi corazón estaban lejos de la Iglesia. Amaba yo con toda mi alma nuestra iglesia católica. Me producía una profunda sensación de seguridad el considerar que nuestra iglesita era parte de la grande y mundial Iglesia, fundada por el mismo Cristo y extendida por los verdaderos continuadores de sus apóstoles. Mi entendimiento me decía que me hallaba muy lejos del Protestantismo, de sus incosecuencias, su tendencia a la multiplicación de las sectas y al subjetivismo, cuya peor consecuencia era la total descristianización. Nada me hubiera costado entonces abandonar nuestra Iglesia nacional noruega . . . Pero, para ser católico, tenía que arrancarme de la logia masónica, que se me había hecho tan extraordinariamente amada.

Interiormente me portaba como católico, tomaba parte activa en las ceremonias de la Iglesia, pero me faltaba lo principal: estaba excluido de los santos sacramentos de la Iglesia. Mientras tanto mi mujer, después de un periodo de instrucción religiosa, había de entrar en la Iglesia en el mes de Mayo. Entretanto había leído la vida de San Francisco de Asis, y por amor y devoción a este santo decidió dar el paso en el día de su fiesta, 4 de Octubre. Nunca me olvidaré la profunda impresión que me hizo la incorporación de mi mujer, pero ahora me sentía más solitario que nunca. Para entonces ya había recibido también yo mi instrucción preparatoria, pero me faltaba valor para dar el último paso. Con frecuencia le contestaba al sacerdote que me instruía: "Todo eso está bien y es justo; no es posible creer otra cosa, que lo que enseña la Iglesia, pero, pero . . ."

Desde hacía años que no participaba yo en la Cena (protestante) y sentía una ansia indecible de este santo sacramento. No quería comulgar más a lo protestante, y me estaba vedado comulgar en la Iglesia Católica. Al fin me armé de todo mi valor y no quise "recalcitrar más contra el aguijón". El martes, 26 de Noviembre de 1929, escribí, después de una lucha de varias horas conmigo mismo, mi petición de retirada al presidente de la Gran Logia Masónica de Noruega, y el mismo día fui a mi párroco a rogarle que el próximo jueves a la tarde me recibiera en la Iglesia.

Me es imposible describir lo feliz que me sentí después que tomé mi decisión. Mi admisión se realizó en pleno secreto. Nadie estuvo presente fuera de mi mujer, mis padrinos y algunas Hermanas del Hospital de San José. A la mañana siguiente me fui de viaje al Convento de los Dominicos de Oslo, para gozar allí por algunos días la maravillosa paz del Claustro. Aquí me acerqué por vez primera a confesarme y viví la indécible felicidad y paz que comunica este sacramento. El domingo siguiente, acompañado de mi mujer, hice mi primera comunión en aquella misma capilla del convento, en que hacía un año me había sentado como protestante en los últimos bancos para participar por vez primera en una misa católica.

Al comenzar esta narración la inicié con unas palabras de la Sagrada Escritura, que son las del Introito del primer domingo de Adviento, y que han resultado de una profunda significación para mi vida. ¡Cuántas veces he elevado esa oración a Dios, y el Todopoderoso me ha escuchado! Deo gratias. Amén.